

## SINOPSIS DE “NATURALEZA, PAISAJE Y LITERATURA”

La literatura actual debe intentar devolver la conexión con la naturaleza hace tiempo perdida o, al menos, acortar las distancias, respetar el tacto del mundo que ha olvidado el hombre tecnológico, que hemos olvidado.

Aunque se hable indistintamente de paisaje y de naturaleza, no son, por supuesto, lo mismo. De hecho el hombre se ha desligado en gran medida de la naturaleza, que es en el fondo también cultura e historia, pero el paisaje subsiste, es un constructo mental que interpreta lo que se ve y una construcción física que altera, modela y transforma el territorio, un entramado de formas que expresa una realidad cambiante. La naturaleza, en cambio, siguiendo a Simmel, es la infinita conexión de las cosas, el ininterrumpido nacimiento y destrucción de las formas. Si bien el paisaje acoge dentro de sus límites lo ilimitado y de esta manera absorbe y transmite el más excelso significado de la naturaleza. El paisaje sería, en definitiva, naturaleza transformada por el hombre en el curso de su evolución o, por acudir a una sentencia de Alain Roger “la naturaleza es indeterminada y sólo el arte la determina”.

Todos los estudiosos coinciden en que la idea contemporánea del paisaje se conforma en el romanticismo alemán a través de Herder, Schelling e incluso Goethe, (si bien el descubrimiento de la naturaleza, más que a los prerrománticos puede atribuirse a quienes eligieron para sus monasterios y castillos bellos y nobles enclaves), una mirada que aúna la filosofía de la naturaleza y el subjetivismo del arte y las humanidades. Se dota al paisaje de belleza y espiritualidad y se establece con él una relación emotiva que culminará con la famosa frase del diario de Amiel, seguidor de Schelling: “el paisaje es un estado del alma”.

Esta mirada es muy distinta a la de la Antigüedad y el medievo, en la que la belleza se entendía como orden y armonía, se consideraba una cualidad del universo y del ser, se resaltaba como objetiva y repetible. La naturaleza, de la que el arte se juzgaba una imitación, expresaba la potencia divina y era el fundamento de la belleza. Con esto acaba probablemente Kant a partir de sus consideraciones sobre lo bello y lo sublime y se asienta la idea de reflexionar sobre la identidad primordial, sobre la relación carnal entre hombre y naturaleza en virtud de nuestra percepción. Aunque tal vez la primera lectura lírica, la primera contemplación puramente estética del paisaje, sea el ascenso, que luego reconstruye el poeta del dulce *stil nuovo* en una epístola tardía, al Mont Ventoux de Petrarca, en la primavera de 1336, en compañía de su hermano, ante la perplejidad del pastor con el que se cruzaron al pie de la montaña.

En cuanto al paisaje castellano, es tal la dimensión metafísica que las diversas miradas artísticas le han conferido, casi inoculado, que la primera tentación al enfrentarse a él es negarlo. Parte de esa elevación espiritual del paisaje de nuestra tierra deriva del protagonismo que en la llanura adquiere el cielo, su desnudez primera, como si aplastara con su honda levedad nuestro torpe paso, amarrado al terreno y su engañosa solidez, por este mundo. Tampoco es ajena, claro, a esta consideración tan arraigada la mirada mística, la sequedad teresiana. Creo que puede convenirse, sin temor a equivocarnos, que la fijación contemporánea, tal vez definitiva, del paisaje castellano, se debe a la generación del 98, tanto en su vertiente literaria como pictórica.

Recordemos al respecto la formulación “el paisaje somos nosotros”, por boca del imprescindible Azorín. El mismo Azorín ponía la observación paisajística por encima de los libros como medio de conocimiento, pensamiento que ya tuviera, *in illo tempore*, Bernardo de Claraval, que también sostenía que encontraríamos más en los bosques que en las páginas impresas, porque los árboles y las rocas enseñan cosas que ningún maestro es capaz de mostrar. Y es probable que así sea.

Fermín Herrero.